

SAN MARTIN: un rumbo hacia la unidad

 Carlos Adolfo Arenas Campos

En la alborada de la libertad de América, cuando se definen, impetuosamente, las coordenadas de su destino, la figura del general José de San Martín emerge desde las dilatadas extensiones del profundo sur del continente, perfilada por rasgos singulares que hacen de él una poderosa fuerza, a la vez contrastante, equilibrante y anticipadora, más allá del justiciero reconocimiento de la posteridad a su grandeza de libertador de pueblos.

San Martín vivió en profundidad su tiempo; fue un hombre intensamente compenetrado con una época, claramente influida por su accionar. Sin embargo, como corresponde a los de su estatura histórica, supo ver donde otros no vieron y captar donde otros no captaron, el mensaje de los siglos, de tal suerte que su conducta y sus ejecutorias adquirieron una vigencia intemporal frente a un mundo cambiante y primerizo; un mundo poblado más de anhelos, intuiciones y vislumbres, que de realidades: el mundo de la América española en el trance supremo de su emancipación, sucedido luego por

el de los Estados recién alumbrados en medio de un estrépito de batallas, y dueños, frente a un imperio declinante, de una libertad que debían encauzar con la misma celeridad con que la habían conquistado.

San Martín comprendió, tal vez como ninguno de los próceres americanos, que sólo transitando sendas vivas entre el pasado y el porvenir, armonizando el legado vital del antiguo régimen colonial varias veces centenario, con el nuevo esquema autóctono y republicano, sería posible colocar las nuevas fuerzas al servicio de proyectos perdurables de beneficio común y de auténtico progreso, sin necesidad de pagar elevado tributo al desorden. Toda su vida, sus actitudes, sus esfuerzos, son trasunto de cualidades usualmente esquivas en la conducción de nuestros pueblos: perseverancia, reflexión, serenidad, desprendimiento; claridad de propósitos, disciplina, generosidad en el mando, sentido de la economía de recursos de todo orden, profundo respeto al orden, coraje, capacidad para planear y organizar, desarrollando procesos de largo alcance, en medio de los requerimientos de la guerra y de lo imprevisto; fe en la persuasión antes que en la confrontación a pesar del brillo y valor de sus acciones militares. Todo ello nos permite afirmar que San Martín puede considerarse, en la historia latinoamericana, un guía excepcional de la revolución del orden, esa que tanto necesitamos para conjugar fecundamente realidades con posibilidades. El propósito de estas líneas no es otro que contribuir a ponerlo de presente.

Caudillismo e ideologismo

N

o cabe duda de que la inestabilidad política y la incapacidad para articular plenamente las energías colectivas en torno a proyectos verdaderamente ci-

vilizadores, constituyen dos rasgos que marcaron profundamente el devenir de los Estados americanos, al sur del río Bravo, a partir de su creación.

En ese escenario estremecido por convulsiones de todo orden, dos actores se han disputado la preeminencia protagónica: el caudillismo y el ideologismo. Y lo han hecho encarnizadamente, a muerte, pues se trata de dirimir una vieja querrela histórica: la de la legitimidad del aparato burocrático-administrativo a través del cual se ejerce el poder político en estas sociedades mestizas, habitadas por la que José de Vasconcelos, elocuente y soñador, llamara “la raza cósmica”.

Nacidos nuestros Estados a la vida independiente tras una cruenta ruptura con la Corona de España —que lo era también de las Indias—, quedaron abandonados a su propia suerte, deliberadamente desligados de su precario pasado colonial y de su origen. Bien sabido es que la legitimidad ha sido siempre asunto que envuelve consideraciones de origen y de sucesión. Cuando en la cambiante memoria de los pueblos las certidumbres o, en su defecto, los mitos que explican el origen, permanecen borrosos o son frágiles, es inevitable que la inestabilidad aflore, que el suelo vital en que se asienta el gran edificio social, se torne deleznable. Aparece entonces, espontáneamente, el caudillismo, como forma de gobierno que pretende contrarrestar la anarquía y la confusión.

Octavio Paz afirma que el caudillismo es el remedio heroico que encontró Latinoamérica para conjurar la inestabilidad política; pero que, paradójicamente, es, a la vez, el gran producto de la inestabilidad del continente. Después de cerca de dos siglos de independencia de la monarquía española, nuestros pueblos pugnan aún por encontrar una forma de legitimidad que transmita su firmeza al Estado.

A su turno, ello explica el que, frente al caudillismo rampante surgiera un numeroso concurso de teorizantes que opusieron las luces de la diosa razón a los tozudos argumentos bélicos de los espadones.

Dado que nada debía atarnos al pasado oprobioso de la dominación española, y que habíamos nacido a la vida política y jurídica como una prodigiosa creación *ex novo* del ímpetu guerrero de los libertadores, solamente el apego a unas ideas y a unos textos que repudiaran todo vestigio de ese pasado sería prenda de libertad y justicia, como expresión de un poder legitimado en la forma y en propósitos altruistas.

Irrumpen así, en el escenario de la vida latinoamericana, los soñadores de la pureza formal de los esquemas conceptuales; los abanderados de las ideologías como portentosas recetas universales para dominar los embates de una realidad hostil, plural e inasible; los copiadore de modelos exitosos de otras latitudes; en fin, los febriles “constructores de repúblicas aéreas” de los que hablara Bolívar.

A partir de ese enfrentamiento, se produce una profunda escisión entre dos conceptos que debían converger en fecunda armonía: los de constitución y Estado constitucional. La verdad es que todos los Estados americanos se revisten con las galas constitucionales, pero muy pocos logran aproximarse al Estado auténticamente constitucional, como realización histórica concreta, vale decir el Estado fundado en el equilibrio dinámico entre gobierno y parlamento. La aplicación de las constituciones que perduran siempre es relativa, parcial. Se consolidan verdaderas monocracias al impulso de una concepción atávica del poder. Inicialmente la sustentan los imperativos de la guerra y de una geografía áspera e ilímite. Des-

pues se perpetúa acaballada en el incancelable pleito de la legitimidad, cuya ley de bronce es que a un golpe de Estado sólo puede suceder otro de signo formalmente contrario. Frente a ese poder, rodeado de una aureola de prestigio casi místico, lo demás, el Congreso, los jueces, no pasan de ser acompañamiento decorativo, cuando no traba incómoda para los propósitos del gobernante. Al fin de cuentas, como lo señala Andre Siegfried, citado por Vázquez Carrizosa, “en el orden político, el Nuevo Mundo se ha rebelado creador: ha inventado el Presidente”. Un presidente que, militar o civil, no logra derrotar la inestabilidad ni implantar las bases del progreso y la modernidad, a diferencia de los colonos anglosajones del Norte.

El valor de la firmeza en el equilibrio

A la vista de ese panorama accidentado, la figura de San Martín se yergue con ribetes singulares que contrastan, de manera notable, con las tendencias que luego habían de prevalecer, proyectada en un efecto claroscuro donde la luz ilumina, precisamente del lado de su figura nobilísima. Es hombre de vastas empresas, de ideas claras, de singular capacidad realizadora, que repudia por igual las abstracciones inconducentes y los oropeles del mando. Se mantiene rigurosa, casi podríamos decir empecinadamente, alejado del poder. Se niega a ser director supremo en Chile, luego de la fulgurante marcha de los Andes; rehúsa ser miembro del histórico Congreso de Tucumán en 1816; se cuida hasta lo indecible de no influenciar al primer Congreso del Perú, en 1822. Anteriormente, al ocupar Lima sólo había adoptado, y no sin reservas, el título de Protector que el pueblo agrado decidido avala.

Erá una actitud profundamente arraigada, que observó con firmeza a través de los años de su rápida ascensión hasta convertirse en factor decisivo de la emancipación del sur. Deliberadamente alejado de los vaivenes de la política doméstica, se aplica con tesón a sacar adelante el colosal proyecto continental que abraza poco tiempo después de su regreso al Río de la Plata.

La decisión calculada

Desde su arribo a Buenos Aires, en 1812, sus designios fueron los de un formidable estratega, acostumbrado a pensar y actuar en dimensiones universales. Los enfrentamientos subalternos en procura de irrisorias parcelas del poder, le son ajenos. Su capacidad de renuncia, su desprendimiento frente al resplandor efímero de las posiciones de gobierno, resultan proverbiales. Con decoro e inteligencia sin par, practica la máxima napoleónica de que más importante que ganar una batalla es saber retirarse a tiempo.

Convencido de que sólo un plan global aseguraría el triunfo de la América emancipada, coloca toda su energía en el proyecto de acosar al ejército real del Perú, convertido en amenazante baluarte de la monarquía española, mediante una alianza con los patriotas chilenos. Se trataba de producir desde Chile, una vez dominado allí el ejército español, una ofensiva por mar que tendría como destino a Lima, la capital virreinal, al tiempo que,

por tierra, a través del Alto Perú, se movilizarían las fuerzas argentinas del ejército del Norte, con el fin de atenazar al virreinato y vencer la resistencia española. Tal proyecto se convirtió en el eje de su prodigiosa capacidad organizativa, fiel proyección de su genio político y militar fundidos en fecunda y excepcional unión.

Así como había reconstruido con vigorosa dedicación el ejército del Norte, tras los insucesos del general Belgrano; así como había formado, paso a paso, el regimiento de ganaderos a caballo con el que ratificó su categoría militar y reafirmó su valor en San Lorenzo; así como había demostrado su eficacia en las guerras contra el invasor napoleónico, así él mismo hizo suya, gestó y ejecutó en todas sus fases la épica marcha de los Andes, coronada de gloria en Chacabuco y Maipú.

*San Martín puede considerarse,
en la historia latinoamericana, un guía
excepcional de la revolución del orden,
esa que tanto necesitamos para conjugar
fecundamente realidades
con posibilidades*

La forma como dirigió San Martín los preparativos, resulta antológica. En todos los rincones de la Intendencia del Cuyo, desplegó, en circunstancias excepcionales, su inusitada capacidad de tra-

bajo, fiel a la filosofía de la decisión calculada. Atento a los grandes derroteros también lo estaba, en forma podría decirse que sistemática, a los detalles de elaboración del proyecto; a diferencia de muchos que sólo se preocupan de las apreciaciones globales, y de las grandes decisiones, conocía a fondo el funcionamiento de la maquinaria logística y administrativa sobre la cual descansaba el éxito de su empresa. Sabía que la organización es siempre un arma poderosa y la empleó a fondo.

En Mendoza fue gobernante, legislador, y jefe militar, educador y promotor de talleres y cultivos; diplomático, y administrador; juez, y guía espiritual de una gran causa. Nada escapó a su celo.

Ahora bien, nadie como San Martín fue tan cuidadoso en no traspasar la línea que separaba su actividad, de la que correspondía a los gobernantes civiles o a los legisladores.

Aquí se encierra otra de las grandes enseñanzas sanmartinianas: su espada nunca estuvo al servicio de los enfrentamientos internos ni de querellas ideológicas. Cada vez que las circunstancias lo colocaron en contradicción con sus superiores o con los gobernantes de turno, prefirió retirarse temporalmente del escenario, convirtiendo, sutilmente, esa capacidad de renuncia, en uno de los instrumentos más eficaces de su estrategia final, cuyos objetivos fundamentales no perdió nunca de vista.

Así, aunque no se lo propusiera, sus retiros transitorios por quebrantos de salud se convirtieron en elemento táctico de indudable utilidad para mantenerse incólume en la ruta de los grandes propósitos, en medio del cambiante paisaje de las facciones políticas.

Capacidad de renuncia

Cuando su razón y su voluntad disentan, entonces, disciplinado y leal a sí mismo, prefería replegarse para seguir en busca de su destino en otro escenario, que aunque resultara ajeno o remoto a los ojos de los demás, él sabía ajustar, con singular habilidad, a sus más altos fines, colocándolo con rapidez a su servicio. Lo demostró en Cádiz al retirar-

se del ejército español, para acudir a su cita con la historia en tierras americanas; en Tucumán al dejar el mundo del ejército del Norte que él había levantado del desmoronamiento, para pasar a Córdoba, a reponerse de sus dolencias. En Mendoza, cuando en 1815 el anuncio de su retiro produce la sublevación del Cuyo, para que permanezca al frente de la Intendencia; lo demuestra, tres años más tarde, cuando renuncia al mando del ejército unido y victorioso de los Andes, ante el languideciente apoyo financiero para su proyectada expedición al Perú. Finalmente, lo ratifica el 20 de septiembre de 1822 cuando, ante el recién instalado Congreso de Lima, abandona el mando supremo y la banda de "Protector del Perú", y, mientras se le designa generalísimo de los ejércitos peruanos, esa misma noche, sin solemnidad alguna, embarca en el "Belgrano", que zarpa de Asunción rumbo a Valparaíso.

Marcha entonces al ostracismo voluntario, precediendo, en ese misterioso y paradójico destino, a prácticamente todos los fundadores de los nuevos Estados de la América española: Iturbide, Bolívar, O'Higgins, Santander, Páez, Morazán... Qué grande y desaprovechada lección frente a las apetencias de los caudillos que pronto harían suyo el escenario continental que los grandes se ven forzados a abandonar, o simplemente deciden dejar a la vera de la historia, en un acto de soberana altivez espiritual, como sucede en el caso de San Martín.

Un visionario de la comunidad iberoamericana

Lejos de los ideologismos, ajeno al incipiente caudillismo, grande en sus actos, entendió con agudeza que la formación de gobiernos independientes

no debía conducir necesariamente a la ruptura total con España. Los términos de la entrevista con el virrey Laserna en Punchauca así lo revelan. En ella insistió en la armonía que debía reinar entre los bandos enfrentados y propuso la formación de un gobierno provisional presidido por el Virrey, con dos miembros, uno por cada parte, para poner fin a la guerra. Se trataba de un sistema que “en armonía con los intereses dinásticos de la casa reinante, fuese conciliable con el voto de la América”.

Sin embargo, los tiempos no estaban maduros para soluciones de esa naturaleza que años después surgirían en el ámbito de la Mancomunidad Británica de Naciones, o más recientemente, en el de los antiguos territorios coloniales de Francia. El espíritu de la época era de signo más duro y categórico. Los jefes del ejército virreinal consideraron que no era posible acceder a la independencia sin conocimiento previo del gobierno español, por lo que se hizo la contrapropuesta de que fueran a España el propio San Martín y el Virrey para hacer la consulta y solicitar la designación del Príncipe. Dicha fórmula fue rechazada por los americanos y, rotas las conversaciones, la guerra habría de prolongarse hasta el glorioso campo de Ayacucho, donde la América toda, bajo

la inspiración de Bolívar y el mando de Sucre, abatió finalmente el poderío español en la América del Sur.

Sin duda, la sombra de San Martín también recorrió las lindes de ese campo inmortal. Lo que allí aconteció era, en buena medida, parte de su legado, fruto de sus esfuerzos. Sería injusto negarlo. Bajo los aires marciales de los ejércitos americanos que triunfaron con las armas a discreción y el paso de vencedores ordenado por el general Córdoba, gravitaban sutilmente las lecciones de la grandeza sanmartiniana; su claro entendimiento del destino de la América y de su vocación integracionista que iba más allá incluso del horizonte de la mar oceánica de Colón: lo cierto es que en 1822, en los alrededores de Lima se bosquejó por primera vez, bajo la inspiración del Libertador del Sur, una comunidad iberoamericana de naciones, que hoy, tras quinientos años de mestizaje, en la época de los grandes bloques regionales, de la Europa comunitaria y abroquelada en su prosperidad, debiera empezar a dejar de ser un sueño lejano, para convertirse en un propósito realizable, a la manera de las hazañosas empresas del gran héroe argentino, a cuya memoria debemos perenne tributo.